

I PREMIO NOVELA CORTA AYUNTAMIENTO DE PIEDRAHÍTA (CATEGORÍA A, INFANTIL)

“EL ARQUEÓLOGO DEL DESIERTO”

Stonehenge está considerado como uno de los monumentos más extraños del mundo conocido.

Unos dicen que era un conjunto funerario; otros, que se utilizaba en procesiones con fines religiosos. En lo que seguro hay acuerdo es en que un misterio pesa sobre él.

¿Cómo se construyó? ¿Es obra de seres humanos? ¿Por qué se levantó en la isla que hoy es parte de Inglaterra?

Todos estos enigmas surgen de un gran complejo de rocas del periodo neolítico...

04:32, LUNES 26 DE FEBRERO DE 1982

CENTRO PENITENCIARIO DE CADENA PERPETUA RUSHMORE

BANGKOK, TAILANDIA

Unas manos pacientes hacen girar un destornillador con cuidado, con mucho cuidado. Finalmente cae el tornillo y las manos desmontan la parte de arriba de una cámara de seguridad. Quitar el cristal, un par de piezas, y desconexión conseguida.

El preso se levanta y camina sigilosamente por el suelo de azulejos de la prisión de alta seguridad. No es tailandés y tampoco asiático. Es un americano, probablemente. Viste el traje de preso común y tiene el rostro tostado y barba de varias semanas. En la oreja izquierda lleva un pendiente dorado.

Llega a un recodo del pasillo, fuera del ángulo de visión de las cámaras de seguridad que aún funcionan. Se agacha y levanta del suelo varias baldosas que habían sido previamente descajadas. Se cuela por el agujero y accede a la planta inferior del edificio.

Cae sin hacer ningún ruido encima de un archivador alto de oficina según había previsto. Unos metros delante de él, un guardia de seguridad está sentado de espaldas mientras hace su turno de vigilancia.

Hay que ser muy rápidos.

El preso se lanza y agarra al guardia por el cuello antes de que pueda percatarse de su presencia. Le quita la pistola, lo empuja contra la pared y lo golpea varias veces. EL hombre cae al suelo con un gemido.

Vía libre. El preso se hace con la tarjeta identificativa del guardia, la pasa por el sistema de reconocimiento electrónico y se abre la puerta.

Ahora, a ajustar cuentas.

11:25, LUNES 26 DE FEBRERO DE 1982

OFICINA DEL PUBLIC ARCHAEOLOGIST DEPARTMENT

BAHÍA DE SAN FRANCISCO, CALIFORNIA, EE.UU

-¿Qué pasa?, ¿me tomas por un idiota?

-No, por supuesto que no. Sólo digo que eres la única persona en el mundo que sigue creyendo en esa vieja leyenda.

-¡No soy el único! –exclamó el arqueólogo y profesor universitario Albert Roberts-, Ernie también cree en ella, ¿verdad, Ernie?

El hombretón que estaba de pie a un lado de la puerta de la oficina gruñó algo y asintió.

-¡En serio, Thomas! -se dirigió de nuevo Albert a su superior-, si financias la expedición, ¡te prometo que traeré resultados satisfactorios! La leyenda tiene parte de historia verdadera. La dinastía de los Alawashi existió en el pasado.

Entusiasmado, el joven Albert cogió una tiza y se dispuso a trazar veinte líneas más en una pizarra ya garabateada que estaba apartada en un rincón.

-Los antiguos pueblos indios que vivían en las planicies americanas fueron a reunirse en una sola tribu, como afirmo en mi teoría, exactamente aquí –explicó al tiempo que clavaba la tiza en un punto de la pizarra donde se cruzaban varias líneas-; en el centro del estado de Colorado. Desarrollaron una cultura impresionante, casi tan avanzada como la de los europeos en la misma época. Y debió ocurrir algo que modificó radicalmente su modo de vivir e hizo que desaparecieran. ¡He de ir a investigar, Thomas! ¡Ayúdame como buen amigo que eres!

-Vamos, Albert, vamos. Yo no soy tu amigo. Soy tu responsable de gabinete. Y además, ya propusiste este trabajo en dos ocasiones a empresarios y al final el Departamento tuvo que resarcir gastos casi en

las primeras fases del proyecto por falta de resultados. ¿Qué tal si buscas yacimientos por San Francisco?, ¿eh? Anda, llévate a ese enorme amigo tuyo, que tengo una cita con el ministro.

-Pero yo...

-Sí, ayudaste a meter en la cárcel a Robert Stangerson. ¿Y qué? Sí, eres un héroe, Albert. Ahora, lárgate a estudiar.

Abatido, Albert Roberts salió de la oficina, acompañado de Ernie. ¿Qué podía hacer ahora? Thomas, el prepotente superior Thomas, no quería financiar la expedición. Si no encontraba una alternativa, no podría llevar a cabo su viaje.

-Vamos, jefe, anímese -le pidió Ernie, quien no había dicho una palabra en toda la entrevista-. Un grano no hace granero.

-No me llames jefe, Ernie. Ya hace tiempo que no soy tu jefe.

-¿Y para qué rayos necesita que ese pelota de Thomas le apoye la expedición? Organícela usted.

-No tengo dinero, Ernie. No puedo ni pagar un billete de avión.

-Pero juntos podemos intentarlo, jefe. Yo tengo algunos ahorrillos y podríamos...

-¿De verdad harías eso, Ernie? –exclamó entusiasmado Albert-. Pero, ¿Cómo podré devolverte el préstamo?

-Con lo que obtenga de los resultados de la expedición.

-¿Y si no...?

-A la tercera va la vencida, jefe. No se preocupe.

08:30, VIERNES 2 DE MARZO DE 1982

AEROPUERTO CHARLES DE GAULLE

PARÍS, FRANCIA

El preso fugado, Robert Stangerson, subió la escalerilla del avión con un pequeño equipaje de mano y se sentó en su asiento. Llevaba gafas de sol y un grueso abrigo oscuro.

A su lado, un hombre con una cicatriz en la cara murmuró en su oído unas palabras.

-Cuanto secretismo, Joe -le replicó Stangerson-. Que ya no estoy en la cárcel. Vayamos al grano. ¿Le habéis localizado?

-Claro, Robert. Marcus le está siguiendo la pista. Hace un par de días cogió un autobús en dirección a Colorado. Sospechamos que se desplaza a algún yacimiento. Lo que no entendemos es por qué no ha viajado en avión.

-¿Está enterado de mi fuga?

-Creemos que aún no. Marcus dice que no ha leído un periódico desde que subió al autobús y que no ha recibido comunicaciones por ninguna vía.

-Genial. ¿En qué estará trabajando en Colorado?

-No lo sabemos.

-Vaya, vaya... -Stangerson se reclinó en su asiento y dio un sorbo al café que tenía en la bandeja-. Quizás sea algo de valor, de mucho valor.

16:25, SÁBADO 3 DE MARZO DE 1982

EN ALGÚN LUGAR DEL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

El autocar traqueteaba sobre el cemento mientras avanzaba por la vieja carretera del desierto. Hacía saltar pequeñas rocas, arrollaba algún que otro cactus y dejaba atrás una nube de polvo rojizo. Sus ocupantes pegaban saltos en los asientos.

Un coche gris seguía de lejos al renqueante autocar.

-¡Cómo es posible! -gritó Albert-. ¡Llevamos seis horas así! ¿Cuánto falta?

Agarraba tan fuerte como podía su maleta con los instrumentos de investigación. A su lado Ernie dormía pacíficamente, apoyando la cabeza contra el cristal de la ventanilla.

Albert iba a gritar de nuevo pero en ese momento el autocar dio un frenazo brusco.

-¡Aquí les dejo, señores! -gritó alegremente el conductor, un hombre gordo y tranquilo-. Albert levantó su maleta, despertó a Ernie y bajó del vehículo dando tumbos. Ernie descendió tras él. El conductor cerró la portezuela y arrancó de nuevo el motor.

-¡Eh! -chilló Albert al mirar a su alrededor-. ¡Si aquí no hay rastro humano alguno! ¡No puede dejarnos en medio del desierto! ¡Díganos al menos cómo...!

Peor el autocar se alejaba y les envolvía en una nube de polvo.

-Tranquilo, jefe -le consoló Ernie-. Al menos nadie le molestará durante su investigación.

-Vamos -suspiró Albert-. Dirijámonos directamente a la elevación.

Una enorme formación rocosa se erigía delante ellos. Toneladas y toneladas de piedra granate acumuladas en un solo bloque horadado por el agua y el viento. Como ya era por la tarde, una sombra alargada se extendía desde allí hasta casi hasta donde estaban.

El coche que había seguido al autocar, continuó detrás de ellos mientras caminaban, a una gran distancia para no ser notado.

Al llegar al pie de la gigantesca formación rocosa, que alcanzaba una altura de unos doscientos metros y una anchura de al menos el triple de longitud, Albert dejó su mochila sobre una piedra y Ernie apoyó las maletas en el suelo.

-Bueno, ahora comienza la búsqueda. De acuerdo a mi teoría -explicó el arqueólogo al sacar un cuaderno del bolsillo-, las tribus indias nómadas vinieron a reunirse justo aquí, en esta elevación. Debieron de levantar un gran poblado, o por lo menos un campamento suficientemente grande. Hemos de encontrar algún indicio por esta zona. ¡Vamos!

Ernie fue hacia la derecha y Albert hacia la izquierda. Al rato, el arqueólogo se agachó en el suelo y pasó una lupa por encima de una roca que le llamó la atención. Sobre la superficie, en vez de polvo rojizo, había muestras de polvo gris.

-Granito -murmuró, y continuó indagando.

Se oyó un grito de Ernie. Albert recorrió a la carrera la distancia que lo separaba de su compañero y lo halló delante de un bloque de granito muy alto.

-Mire, jefe. Esto pudo pertenecer a una casa.

-Vaya, parece que fue así. Pero no tiene sentido, si aquí hubo una construcción, el resto de las rocas no habría desaparecido. Y son bloques muy pesados, lo suficiente como para imposibilitar su traslado.

-¿Y si hubiera más en la parte superior? –preguntó Ernie.

-No puede ser. En ese caso habrían sido descubiertos hace tiempo, en algún vuelo realizado sobre el desierto. Pero lo que sí podría ocurrir...

Tanteó en la pared de granito.

20:05, SÁBADO 3 DE MARZO DE 1982

EN ALGÚN LUGAR DEL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Marcus, el agente de Stangerson, observaba la escena desde el coche que se había detenido a una distancia prudencial, con una emisora de radio en el asiento del copiloto y un micrófono en la mano.

-Aquí Marcus -susurró-. El objetivo está ahora tanteando la pared del montón de rocas. Han encontrado algo de interés, y se han detenido ahí. Parece que buscan algo y... ¡oh!, ¡vaya! Un resorte o alguna palanca secreta. La pared se hunde hacia dentro. ¡Han descubierto una cueva! Espero órdenes. Cambio.

-Marcus, aquí Joe. Stangerson dice que les sigas a pie después de esconder el coche. Nosotros vamos para allá en el primer vuelo, seguiremos el camino que habéis recorrido. Deja alguna señal que permita reconocer la entrada a la cueva. Cambio.

-De acuerdo, Joe. Cambio y corto.

20:05, SÁBADO 3 DE MARZO DE 1982

EN ALGÚN LUGAR DEL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

-Entremos, Ernie. Coge las maletas, date prisa. Cáscaras, sí que estaba bien oculta la entrada.

Ernie recogió el equipaje y admiró el orificio que su jefe había descubierto.

Encendió una linterna y avanzó.

El túnel estaba oscuro como la boca de un lobo. Albert tocó la pared y unos granos de arena resbalaron hasta el suelo.

-Esto es roca caliza. No toques las paredes, Ernie, que te mancharás el traje. Y... ¡vaya!

Las paredes estaban llenas de unas muescas extrañas, talladas en la roca. Era una técnica artística sorprendente.

-Estamos cerca, Ernie.

-Sí, jefe.

-Claro, ahora me lo explico. Los indios no se asentaron en medio del desierto, sino que buscaron un lugar para poder escapar de sus enemigos y de las tormentas y el frío... ¡cielos!

El túnel desembocaba en una cavidad enorme. No enorme sino más bien, colosal. Una gruta que los indios debían de haber excavado durante siglos y que ocupaba todo el interior de la formación rocosa. Apuntaron las linternas hacia el techo de la cavidad, pero era tan alta que la luz se perdía antes de llegar al punto opuesto. Un río subterráneo discurría unos pies por debajo de ellos y un puente de madera lo vadeaba. De la barandilla del puente colgaba un cuenco negro, lleno de un líquido oscuro.

-¿Tienes un mechero, Ernie? -pidió Albert-.

- Claro.

Albert prendió fuego al líquido del interior del cuenco y unas llamas se elevaron en seguida iluminando un espacio considerable alrededor.

-Es brea -musitó Albert-. Estas tribus tenían un buen conocimiento de los compuestos químicos... ¡muy notable! Vamos, sigamos.

Cruzaron el puente y encontraron lo que parecía una aldea. Varios de los edificios tenían dos plantas. Las vigas eran de madera y las paredes de piedra, construcciones que pudieran haber pasado por modernas.

-Es increíble -esta vez habló Ernie-. ¡Lo ha descubierto, jefe! ¡Ha descubierto la civilización perdida de los Alawashi!

-Gracias, Ernie. Sin ti no lo habría logrado. Venga, vamos a montar el campamento para pasar la noche y mañana comenzaremos a investigar.

Mientras colocaban las cosas, a una distancia muy prudencial, Marcus los observaba. Increíble. Se imaginó a sí mismo nadando en oro cuando Stangerson se apoderara del descubrimiento de aquella aldea. El arqueólogo Albert Roberts hablaba de una civilización perdida, aunque en apariencia no estuviera viendo más que casas viejas. Aquello debía valer una fortuna en dólares.

22:30, SÁBADO 3 DE MARZO DE 1982

¿ALDEA PERDIDA DE LA DINASTÍA ALAWASHI EN EL DESIERTO AMERICANO?

COLORADO, EE.UU

Encendieron una hoguera y se sentaron uno frente al otro, jefe y ayudante. Los equipajes, a un lado.

Ernie calentó una lata de sopa mientras Albert, con su maleta de laboratorio desplegada, revisaba sus apuntes y hacía algunos experimentos. De repente se levantó de un salto y casi se cayó sobre el fuego.

-¡Esta brea tiene casi cuatro mil años! Vamos, cuarenta siglos. ¡Estábamos equivocados, Ernie! No se trata de un yacimiento indio, sino de uno neolítico. ¡Estas construcciones fueron levantadas mucho antes de que se empezasen a agrupar en tribus los primeros habitantes de América!

-Esa época corresponde a la de la aparición de los primeros pueblos sedentarios.

-Exacto, compañero. Y eso significa que, por casualidad, hemos descubierto una civilización avanzadísima... cuatro veces más antigua que la que estábamos buscando.

Ernie le pasó un plato de sopa, pero Albert la dejó a un lado.

-Entonces, las tribus indias que buscábamos... ¿Adónde fueron?

-Eso ahora no importa. Lo importante es nuestro hallazgo. Hemos de ponernos a trabajar en seguida.

¡Este lugar podría cambiar la historia de América tal y como la conocemos!

A Marcus, que no dejaba de estar a la escucha, casi se le sale el corazón del pecho por la satisfacción.

No se trataba sólo de un simple pueblucho de indios, como en las películas, sino de una aldea neolítica mucho más valiosa. Encendió el transmisor y envió un mensaje.

-Aquí Marcus. He escuchado en qué está ahora ese arqueólogo. Cambio.

-Marcus, aquí Stangerson. ¿Cómo va la cosa? Cambio.

-Se trata de algo de mucho valor. Una aldea de una civilización perdida. Más de treinta siglos, y con una cultura muy avanzada. El objetivo no se anda con chiquilladas. Cambio.

-Excelente. No les pierdas de vista pero déjales trabajar, y que descubran lo que tengan que descubrir. Cambio y corto.

Al terminar la conversación, Marcus se tomó un bocadillo que guardaba en el bolsillo y se tumbó sobre las rocas a descansar.

También lo hicieron Ernie y Albert, quien ni había pensado en tomarse la sopa. Guardó sus apuntes y la brea y se durmió dentro de su saco.

Sin saber que habían estado siendo observados.

08:25, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

ALDEA NEOLÍTICA EN EL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Marcus se despertó repentinamente. Si darse cuenta se llevó una mano a la pistola que llevaba bajo la chaqueta, pero se detuvo. Tenía entumecida la espalda por dormir encima de las piedras. Apartó la emisora y se asomó por el borde rocoso, para seguir con su trabajo, aún sin desayunar. El arqueólogo y su acompañante también empezaban a desperezarse.

-Cinco minutos más, mamá.

-Venga, jefe, levántese ya. Me pidió que le despertase a las ocho, y ya han pasado veinticinco minutos de esa hora.

Albert salió de su saco y se restregó los ojos. Había dormido con la ropa puesta, así que estaba listo. La sopa de la cena estaba derramada por el suelo. El fuego se había apagado pero la zona estaba algo iluminada. Miró hacia arriba y distinguió una grieta en el techo abovedado. La luz del sol se filtraba por

ella, la suficiente como para no darse un golpe. Daba la impresión de que estaban en un pueblo normal y corriente.

-Tome, jefe, coma -dijo Ernie para ofrecerle unas galletas.

-Gracias, Ernie. No tenemos apenas tiempo –contestó Albert al engullirlas-. Tengo que ponerme a investigar.

Recogió su maleta y se dirigió a las ruinas. Antes de cruzar el segundo puente sobre el río se volvió.

-Deja ahí el equipaje, Ernie. Da una vuelta por las afueras de la aldea y recoge una muestra de cada tipo de roca que encuentres. Yo rastrearé en las construcciones. A mediodía nos reuniremos aquí para poner en común lo que hayamos descubierto.

Aquello no parecía en realidad una aldea. Las casas estaban relativamente separadas, no juntas en un cúmulo, como es normal en una población humana, especialmente si es pequeña. En lo que parecía el centro de la aldea, cuatro edificios formaban una especie de cruz.

El arqueólogo cruzó el puente y se acercó a la primera casa. Tocó la pared. Granito, ¿Cómo llegó hasta allí? La enorme formación rocosa en que se encontraban era de piedra caliza, así que sus habitantes tenían que haber traído el granito de muy lejos. Entró en la vivienda. Vacía, claro. El suelo era de barro y las vigas de madera. Ninguna civilización de la misma época o de una época cercana había construido así.

Salió de la casa y se dirigió al centro del pueblo. Sacó su cuaderno y comenzó a trazar un plano detallado.

8:25, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

CAFETERÍA EN EL AEROPUERTO DE SAN FRANCISCO

CALIFORNIA, EE.UU

-Confirmado, el autocar está listo.

-Perfecto, Joe -Stangerson se levantó del asiento y dejó un dólar en la mesa-. ¿Llevas la pistola encima?

-Por supuesto. El equipaje está preparado. El conductor por lo visto es famoso por lo que mucho que pisa el acelerador. .

-Estupendo. Coge las bolsas y no te olvides de la que lleva la dinamita.

-Tranquilo, jefe. Por cierto, Marcus ha llamado por radio para informar de que no hay moros en la costa.

-Pues, ¿a qué esperamos?

12:30, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

ALDEA NEOLÍTICA EN EL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Ernie y Albert se sentaron sobre sus sacos de dormir.

El aspecto del lugar era más bien desolador. No crecía la hierba en el suelo, apenas había luz, el terreno era de roca dura...

-Bueno, Ernie... ¿Qué has encontrado?

-Mire, jefe -sacó de su bolsillo una pequeña bolsa de plástico-. He encontrado estas rocas.

Albert las recogió. Había muestras de granito, piedra caliza, pizarra, yeso y basalto.

¿Basalto?

-¡Pero no puede ser! El basalto es una roca volcánica... ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

-Lo encontré cerca del río. Era una capa muy superficial.

-Ahora, mira lo que he descubierto yo. Los edificios son antiguos, sí, pero sus constructores tenían una tecnología muy especial. He hecho un plano de la aldea y comprobado que los edificios están colocados siguiendo un orden muy preciso. He dibujado unas líneas que unen los frontales de las casas entre sí y el resultado es que las calles tienen un trazado perfecto; están situadas en posiciones calculadas. De lo cual hemos de deducir que los arquitectos... ¡Eran increíbles! Hasta descubrieron la manera de señalar con esta estructura el edificio más importante de la aldea.

Como Ennie no seguía bien a su interlocutor, Albert intentó explicarse mejor.

-Hay sólo cuatro puntos donde se cruzan más de dos líneas de las que he dibujado. Los he marcado con una cruz. Si trazamos líneas que unan esos puntos, encontramos lo que podríamos llamar “el ayuntamiento”. ¿Lo entiendes? Un diseño urbano tan pensado nunca se ha encontrado hasta la fecha en una aldea neolítica. Puedo afirmar que esta civilización tuvo más conocimientos incluso que la egipcia en sus inicios. Además, conocían los distintos tipos de rocas y sabían cómo utilizarlas. He de seguir investigando, Ernie. Tómame la tarde libre.

-Pero, al menos, prueba un bocado de algo, Albert.

-¡No hay tiempo! Nos vemos luego, colega.

14:50, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

ALGÚN LUGAR DEL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

El autocar se detuvo en seco y sus dos únicos ocupantes se apearon. Joe cargó con las bolsas y Stangerson con su maletín. Ambos se dirigieron hacia el gran montículo rocoso.

Encontraron el coche gris según las indicaciones que les había dado Marcus. Siguieron unas cruces que, desde el coche, señalizaban las rocas y se dirigían a la entrada de la cueva.

-¡Pues no era una broma! Debe de ser un hallazgo muy valioso -silbó Stangerson.

-Usted primero - Joe se inclinó ante la entrada y le dejó paso-. Dentro nos esperan muchas cosas interesantes.

15:00, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

ALDEA NEOLÍTICA DEL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

-¡Jefe! ¡Corra, jefe! ¡Más vale que vea esto!

Era la voz de Ernie. En ese momento Albert estaba indagando en un agujero en el suelo dentro de una construcción y al levantarse bruscamente se dio contra una viga de madera.

La voz de Ernie provenía del otro lado de la aldea. Recogió su maleta y corrió hacia allí. Tras cruzar el puente encontró a Ernie de pie delante de un extraño banco de niebla.

-¿Qué ocurre?

-Pase ahí dentro. Verá algo que no podrá creer, se lo advierto -señaló, nervioso.

-No será para tanto -replicó Albert.

Entró en aquella gran nube blanca. Avanzó casi a ciegas. ¿De dónde provenía esa niebla? Era densa y húmeda. Distinguió una construcción y se acercó. Lo que vio le aceleró el pulso. Unos grandes bloques de piedra en pie, verticales y transversales, colocados en lo que parecían circunferencias concéntricas. El musgo cubría las piedras...

-Esto... esto es...-murmuró Ernie.

-Stonehenge -musitó Albert, y de repente le vinieron juntas a la cabeza las ideas que había acumulado desde que llegaron-. ¡No es posible, Ernie! ¡Voy a volverme loco! Hemos descubierto una aldea que creíamos era india y luego comprobamos que es neolítica, y ahora resulta que ¡contiene un Stonehenge igual que el de Inglaterra!

-Cálmese, jefe. Debería descansar y comer algo. Está prácticamente en ayunas desde hace dos días.

Albert le miró y suspiró.

-Puede que tengas razón.

Le dolía la cabeza, pero aún quedaba mucho por hacer. Mientras Ernie encendía la hoguera y le preparaba un plato de estofado, él abrió su cuaderno de notas.

-Veamos. Pongamos en claro lo que sabemos de Stonehenge. Ernie, tú estudiaste historia de Europa, ayúdame.

-Stonehenge -carraspeó Ernie-, es una construcción crómlech de finales del neolítico, aproximadamente del siglo XX antes de Cristo. Consiste en un conjunto de rocas de distintos tamaños dispuestas en dos círculos. Se trata de un monumento erigido en la antigüedad con fines religiosos y probablemente también culturales.

-Y aquí tenemos otra construcción parecida, levantada en la misma época. Qué raro es esto, Ernie. Nos enfrentamos a un misterio extraordinario. Si aquí también había culturas neolíticas, la teoría del valle del

Rift sería...incorrecta. Quiero decir, si aquí existió otra generación de humanos idéntica a la de Europa, ¿cuál es nuestro origen verdadero?

-Eso no lo sabemos aún, queridos colegas -interrumpió una voz-. Lo que sí sabemos es que este descubrimiento va a ser una fuente ingente de ingresos.

Al oír aquella voz, Ernie y Albert se levantaron para poder ver al visitante. De entre la niebla surgió Robert Stangerson, que les apuntaba con una pistola...

-¡Tú!- gritó Albert.

-No, "tú" -le replicó el preso fugado.

-¡Estabas en la cárcel! ¿Qué haces aquí y cómo me has encontrado?

-Deberías leer los periódicos, Albert, en vez de tomar apuntes estúpidos.

Los dos compañeros intentaron retroceder hacia el puente, pero allí estaba Joe, cortándoles la retirada. Marcus apareció por el otro lado, armado igualmente. Stangerson se acercó y agarró al arqueólogo por el cuello de la camisa y lo levantó del suelo.

-Ahora, amiguito, me vas a contar qué es todo esto y lo que significa-, y señaló a la aldea.

-Vete al cuerno.

-Oh, de acuerdo. ¿Con que esas tenemos? Joe, saca los explosivos.

El aludido corrió al otro lado del puente y regresó con una bolsa muy abultada.

-Volaremos tu descubrimiento contigo dentro, ¿te parece? De cualquier forma, sólo venía a buscar venganza y no...

Ernie levantó su tremendo puño, golpeó al bandido en la cara e hizo que se cayera de espaldas. Dio una patada a la pistola en el suelo y agarró del brazo a Albert.

-¡De prisa, jefe! ¡A las piedras!

Tiró de él en dirección a la niebla. Marcus levantó su pistola y disparó, pero no logró que se detuvieran.

-¡Cogedles! -chilló Stangerson- ¡Que no escapen!

Los tres bandidos iniciaron la persecución. Ernie y Albert treparon a un monolito de casi cuatro metros, y de él saltaron al siguiente. Joe, agarrándose al musgo crecido, trepó tras ellos. Marcus les disparó desde abajo, pero las balas dieron contra la roca. Saltaron trozos de granito y musgo.

La niebla impedía ver bien lo que ocurría y hacia dónde se movía cada uno. Joe terminó de subir al monolito y saltó al siguiente que era horizontal, donde aún estaban Ernie y Albert.

-¡Al suelo! -gritó Ernie, y se lanzó sobre Joe.

Albert saltó al siguiente bloque de piedra y se agazapó.

Joe propinó un puñetazo a Ernie en la mandíbula y el gigantón se tambaleó. Aquel bandido había sido entrenado para matar, costase lo que costase.

Pero Ernie también estaba acostumbrado a pelear duro.

16:25, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

STONEHENGE II, EN EL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Albert seguía acurrucado en lo alto del monolito cuando Marcus consiguió llegar arriba. Éste sostenía la pistola entre los dientes y ya había puesto un pie sobre la roca en que se encontraba el arqueólogo cuando recibió una patada en el hombro. El bandido agarró la pierna de Albert y se la retorció. Ambos cayeron al suelo desde el monolito, Marcus debajo de Albert. La pistola fue a parar al lado de otro bloque de piedra a varios metros de distancia.

Los dos se pusieron en pie. Marcus, con décadas de experiencia en artes marciales y adiestrado para el combate contra cualquier rival, se enfrentaba a un empollón de universidad, de apenas treinta años, delgado, esmirriado y paliducho. Derrotarle tenía que ser fácil.

Albert se lanzó sin pensarlo a por la pistola, pero Marcus volvió a agarrarle la pierna. Luego le metió un puñetazo en el estómago y lo dejó a un lado, gimiendo. Se agachó, recogió la pistola y se preparó para darle a Albert el golpe de gracia.

16:30, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

STONEHENGE II, EN EL DESIERTO AMERICANO

Ernie se volvió y asestó a Joe un rodillazo que le hizo caer de morros, pero aquel se levantó enseguida. Cruzaron un par de puñetazos y acabaron agarrándose cuerpo a cuerpo y forcejeando. Ernie se golpeó la cabeza contra una roca.

-¡Idiota! -le gritó Joe a la cara- ¡Me adiestraron para luchar en el ejército! ¡No tienes ninguna posibilidad!

Ernie lo volteó y le retorció el brazo en la espalda, antes de que Joe pudiera darse cuenta.

-Pues yo -sonrió-, fui portero de discoteca, amiguete.

Ernie le levantó en vilo y le dejó caer sobre el monolito. Joe quedó atontado y confuso. Ernie descendió y fue corriendo a donde estaba Albert...

Yacía en el suelo y se encontraba a punto de ser disparado por Marcus. Ernie analizó la escena durante una milésima de segundo: su jefe en el suelo, a un lado su maleta de herramientas arqueológicas, enfrente, Marcus, y al otro lado, el plato de estofado.

-¡Ahora, jefe! -gritó.

Dio una patada al plato, éste describió una parábola en el aire, fue a golpear a Marcus en la cara y le manchó por completo de salsa. Albert se levantó como pudo, agarró su maleta y la arrojó sobre el bandido.

Un último puñetazo de Ernie derrumbó a Marcus al suelo.

Albert, confuso y dolorido, se dejó caer en los brazos de su salvador, que también estaba exhausto. Ernie trató de reanimarle como pudo.

-Vamos, jefe. Aún falta Stangerson.

-¿Puedo morirme ya?

Le salía sangre de la nariz, su cara estaba llena de arañazos y tenía las dos manos en el estómago.

-No irá a abandonarme ahora... Levántese ya, venga.

Los dos compañeros salieron de las ruinas de Stonehenge, miraron a todos los lados y se dirigieron a la aldea. Ni rastro de Stangerson.

De repente, percibieron un destello desde lo alto de uno de los edificios.

-¡Cuidado!

Albert había aprendido a hacer caso de las advertencias de su colega, así que no le hizo esperar. Se tiró inmediatamente a un lado, mientras que Ernie rodaba y se colocaba detrás de una de las paredes de la casa sobre la que estaba Stangerson. Sonó un tiro algo amortiguado que levantó una nube de polvo y se llevó por delante unos trozos de yeso.

Ernie empuñaba ahora la pistola de Marcus. Disparó al techo de la casa una, dos, tres veces. Oyeron un grito ahogado y vieron a Stangerson saltar al suelo y echar correr. En su brazo había una herida de bala que sangraba.

A los pocos pasos, dejó caer su pistola en el suelo.

-¡Vayamos tras él! –exclamó Albert.

Él y Ernie corrieron tras Stangerson. Se dirigía, indudablemente, hacia la bolsa de dinamita que habían dejado en el puente de madera. Al llegar, rebuscó afanosamente en ella y logró sacar lo que parecía un detonador. Apoyó una mano en el suelo; se le veía agotado, debía de haber perdido mucha sangre.

-¡Quietos! ¡Quietos los dos o volaré toda la estructura!

Los dos compañeros se detuvieron.

-¡Dejad las armas en el suelo!

Ernie dejó a un lado la pistola.

-Muy bien, esta historia pronto llegará a su fin -les espetó-. Habéis acabado con mis dos secuaces, me habéis herido y ahora pensabais detenerme, ¿eh? Quiero que ahora mismo...

Comenzó a tambalearse. Le corría la sangre por el brazo y goteaba sobre el suelo. Dejó el detonador a un lado, trastabilló y cayó de espaldas.

-¡Cuidado con el detonador! -gritó Ernie.

Se lanzó al suelo y pudo coger el dispositivo justo antes de que el cuerpo de Stangerson presionara la palanca que lo ponía en acción. Cuidadosamente dejó el aparato a un lado.

Albert se había arrodillado al lado de Stangerson.

-Está muy débil, ha perdido mucha sangre -explicó-. Ve de prisa a buscar mi maleta, Ernie.

El corpulento Ernie corrió como le habían pedido hacia la aldea, mientras intentaba recordar dónde había dejado Albert su maleta. Ah, claro, en el suelo cuando se enfrentaron a Stangerson. Al llegar, repentinamente, vio algo en el suelo que llamó su atención.

Un objeto brillante y puntiagudo emergía de entre las rocas.

17:00, DOMINGO 4 DE MARZO DE 1982

STONEHENGE II, EN EL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Albert, con el pañuelo que tenía en el bolsillo, había hecho un torniquete en el brazo del preso. No era médico, pero había estudiado un curso de primeros auxilios y siempre llevaba con él algún material sanitario en el equipo.

Volvió Ernie con la maleta y una expresión rara en la cara.

-¡Jefe, jefe! ¡Atiéndalo rápido y venga pronto!

-¿Qué ocurre? -preguntó el arqueólogo mientras cogía unas pinzas, alcohol y unas vendas.

-¡He encontrado algo! ¡Es preciso que lo vea usted!

-Espérate, he de ejercer de sanitario. Y tú también. Por favor, sujétale el brazo en alto y apriétalo cuando te diga. Menos mal que la bala no ha penetrado en profundidad.

Ernie hizo lo que le pedían y Albert extrajo la bala del brazo de Stangerson, quien se lamentaba continuamente. Luego echó un poco de alcohol sobre la herida y colocó una gruesa venda alrededor, desde el hombro hasta el codo.

Dejó a Stangerson muy mareado descansando y se dispuso a seguir a Ernie, que parecía muy excitado.

-¡Sí, jefe! Donde impactó una de las balas que disparó Stangerson. Levantó una nube de polvo, ¿recuerda? Pues apareció esto.

Y señalaba el objeto en punta que parecía estar enterrado.

-¡Vamos a cavar, Ernie!

Utilizando unas piedras alargadas a modo de pequeñas palas excavaron durante unos minutos hasta lograr desenterrar el objeto. Parecía una caja de madera cuadrada como de medio metro de lado. En la tapa superior tenía muchos pequeños agujeros que formaban dos círculos concéntricos.

-Míralo bien, Ernie -susurró Albert-. ¿Qué es?, ¿un juego de mesa?

-¿Y ese cajón en un lado?

Albert abrió el cajoncito: estaba lleno de una especie de peoncitos azules, fabricados con piedras muy pequeñas y afiladas. Comprobaron que encajaban perfectamente en las muescas del tablero.

-Impresionante, jefe...- comenzó a decir Ernie-. Es...

-Lo sé. Es Stonehenge. Una especie de maqueta que reproduce la ubicación de los monolitos. ¿Y qué hemos de hacer con esto?

-Tal vez haya que colocar todas las piedrecitas en los agujeros del tablero -respondió Ernie-.

-Será eso, sí. Habrá que... montar Stonehenge en este tablero. Pero, las estructuras reales están incompletas.

-Hemos de pensar en ello cuando hayamos descansado, jefe. ¿Volvemos ahora?

-Sí, volvamos, pero guardemos bien esto primero.

Al llegar donde habían dejado a Stangerson comprobaron que seguía escaso de fuerzas. Le ataron las manos y le hicieron levantarse. Al ver el bulto envuelto en la chaqueta de Albert, abrió mucho los ojos.

-¿Qué se supone que es eso? -exclamó-. ¿Un tesoro? ¿Un...? ¡Soltadme!

-De ningún modo. Tus compañeros, cuando se despierten, podrán huir porque no podemos llevarlos con nosotros. Pero a ti te entregaremos a la policía de San Francisco. Seguro que ya se ha cursado la orden de detención, así que... ¡de vuelta a casa! Y no olvides que tenemos tu pistola.

Stangerson les miró con odio. Ernie cargó con las maletas y Albert con la bolsa de dinamita. Cruzaron el puente de madera y salieron de la gruta al exterior.

Mientras se dirigían al coche iban conversando.

-¿Cómo se encuentra, jefe? Hemos pasado unos cuantos peligros y realizado un descubrimiento impresionante. ¿Puede creérselo?

-No del todo. Lo que parece claro es que tus cinco mil dólares invertidos en la expedición se van a convertir en varios cientos de miles, Ernie.

-¡Es usted un genio!

-No es para tanto, compañero. Vine aquí en busca de un antiguo poblado indio y en realidad estaba completamente equivocado. De todas maneras, sabes que lo que me interesaba de este viaje no era conseguir ganancias.

Y luego añadió:

-¡Qué ganas tengo de enseñarle esta caja misteriosa a Thomas!

08:15, LUNES 26 DE NOVIEMBRE DE 1982

STONENHEGE II, EN EL DESIERTO AMERICANO

COLORADO, EE.UU

Pocos meses después, Albert y Ernie regresaron al desierto de Colorado para dirigir los trabajos de investigación del equipo de arqueólogos elegido. Todos sus miembros eran especialistas en el período neolítico.

Se reencontraron con la gruta, los puentes, las casas y, por supuesto, con Stonehenge II. El escenario había cambiado un poco: había andamios por todas partes, el terreno estaba lleno de vallas y señalizaciones y se había levantado un complejo en el exterior.

Los trabajadores excavaban en el suelo, tomaban medidas y apuntes y guardaban todo tipo de muestras.

El conjunto de piedras monolíticas era el lugar donde menos se notaba la huella de los investigadores. El equipo había logrado descubrir el por qué estaba cubierto por la niebla: el agua del río inferior que

atravesaba la formación rocosa ascendía por unos canales ocultos en un punto dado y se transformaba en vapor por el fuerte calor interno de la tierra.

También habían descubierto por qué había basalto cerca del río, cuando no era un mineral aparentemente común en la zona: una de las calles de la aldea conectaba con una grieta subterránea por la que, cada mucho tiempo, emergía lava incandescente.

Thomas era, en aquel día, un invitado especial.

-Bienvenido, Thomas –saludó Albert.

El pobre hombre tenía mal color y parecía muy mareado.

-Ha sido...el autobús, el conductor que...

-Sí, sí, ya lo conocemos -Ernie le guiñó un ojo a Albert.

-Bueno, Thomas, pronto te olvidarás del malestar. Mira a tu alrededor y asómbrate.

-Es espectacular, Albert. Deberías haberme considerado tu protector y permitido que el Departamento financiara esta segunda parte de tu expedición. Mira cómo te van las cosas, no estás avanzando mucho.

-No te preocupes, Thomas. Tenemos la financiación del proyecto completo asegurada por el Estado de Colorado. Además, los sueldos de Ernie y mío incluidos no te los detallamos para no darte demasiada envidia.

-Sí, es estupendo, claro. ¿Y el tablero?

-Bueno, aún no hemos resuelto el enigma que encierra. Pero estamos en ello. Si consigo descubrir algo pronto, te llamo para que lo sepas.

-O para pedirme ayuda.

-Oh, yo creo que nos las podemos apañar –intervino Ernie-. Oye, cuidado con la barandilla del puente, que es muy vieja.

Sin hacer caso al consejo de Ernie, Thomas se apoyó en la barandilla y la partió con su peso. El fanfarrón acabó en el agua, resoplando y gruñendo.

Tras organizar parte del trabajo para la semana, Ernie y Albert pasaron por Stonehenge II para darle las buenas noches antes de irse a descansar.

- Adiós, bonita -Albert acarició una de las rocas-. Hasta mañana.

-¿Sabe, jefe? Ha llegado hace un rato un fax a la oficina, parece ser que la propuesta de que Stonehenge sea declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO va hacia adelante viento en popa.

-Ya, pero... ¿Cuál Stonehenge?

Los dos echaron unas risas de buena gana.

-Porque, dime Ernie; ¿cuántos Stonehenge puede haber? ¿Quién sabe si hay otros más por ahí esperando ser descubiertos?

Henry Doyle (seudónimo)

Diciembre de 2015